

las palabras que el herido dirigiera al sacerdote.

—¡Dios tenga piedad de él!

Contestó el padre.

Y el fiel indio, acompañado de Rafael, que también se había acercado, condujeron al desventurado Ernesto al carruaje que poco después rodaba con dirección á la hacienda de C....

CAPITULO XIX.

La víspera de casarse.

Estamos en una pequeña, pero elegante sala. Ricos sofás de damasco de seda azul con flores blancas, y preciosas sillas de exquisita hechura, forradas de lo mismo, adornan los cuatro lados de ella. Un piano de cola de bruñida madera de rosa, de un teclado igual y terso, ocupa el centro de la pieza: una brillante araña de cristal de doce lucés, cuelga de un cielo raso, pintado con delicado gusto y maestría; graciosas rinconeras, con elegantes floreros, ocupan los cuatro ángulos; costosas cortinas de seda carmesí velan las puertas vidrieras y los balcones: un magnífico reloj de bronce dorado, con una estatua que representa á Vé-

nus surcando las espumosas olas del mar sobre una dorada concha, tirada por cándidas palomas, descansa sobre una mesa de mármol blanco, que ocupa el espacio que media entre ambos balcones; excelentes cuadros de un mérito sobresaliente, representando los principales pasajes de la Biblia, cuelgan en preciosos cordones de seda, de la pared, con admirable gusto pintada, y una vistosa alfombra turca encarnada, con flores doradas y negras, cubre el terso pavimento de aquella primorosa estancia.

Un hermoso quinqué, de exquisita forma, colocado al lado del reloj, envia en aquel instante su fulgente luz sobre los ricos objetos que de mencionar acabo, prestándoles mayor hermosura y brillantez.

Sentados en uno de los sofás y en las cómodas butacas que están en sus extremos, se ven en grata y animada conversacion á una bellissima jóven, vestida con sencillez y suma gracia, á una señora y un señor de avanzada edad, á un elegante jóven, y á otro hombre de antipática figura, envuelto en un largo leviton, que lo lleva abrochado.

Estas personas, en cuyos rostros, excepto en uno, se ven pintados el placer y la alegría, son Luz, sus ancianos padres, Rafael, y el doctor Willey.

En la faz de este último, en vez de la satisfaccion que brilla en la de los otros cuatro, están impresos la inquietud, el temor y los zelos.

Sin embargo, maestro consumado en el arte de fingir, disimula bajo un exterior afable, de que se reviste cada vez que en él se fijan los ojos de alguno, sus inicuos pensamientos, y disfraza con un estilo jovial estudiado, la rabia que le devora, hasta el extremo de hacer reir á los que le escuchan.

—¡Buen humor tiene esta noche el doctor!—Dijo el padre de Luz:—¡Cómo echa yo de menos en mi destierro sus chistes y sus oportunas ocurrencias!

—No me era á mí menos sensible—contestó el doctor con refinada hipocresía—la falta de la amable compañía de vd., y por eso trabajé con un empeño asiduo porque le alzasen á vd. ese destierro que nos tenia inconsolables.

Luz bajó los ojos avergonzada de la osadía de aquel hombre que, léjos de procurar la libertad de su anciano padre, habia, por el contrario, puesto en juego todos los medios para impedirla.

—¡Gracias!

Exclamó el anciano con reconocimiento.

—Sí;—añadió Rafael;—mi digno compañero ha sido el que ha coabyuvado mas eficazmente al logro de nuestros deseos, asociándose á mí para conseguir la dicha de volverle á ver á vd. entre nosotros.

—Felizmente todo se ha conseguido;—repuso el doctor:—y mañana tendré la satisfacción de ver realizado el complemento de todos mis deseos: la union de mi mejor amigo y de la mas virtuosa de las mujeres.

Rafael estrechó la mano de Willey con efusion de gratitud.

La anciana elogió sus nobles sentimientos, y el padre de Luz se manifestó en extremo agradecido.

Solo la hermosa jóven no despegó sus labios.

Solo ella estaba triste, cuando todos reian.

Solo ella temia, cuando todos esperaban; y es que ella solo conocia el fondo del corazon de aquel hombre funesto y vengativo.

—Sí; querido amigo:—contestó Rafael con la satisfacción del que mira próxima su ventura;—mañana seré el mas feliz de los hombres; y al dulce lazo de amistad que nos une, se asociará el que enlaza al real padrino y al agradecido ahijado. ¿No es verdad, querida Luz?

—Sí.

Baluceó la jóven, resistiéndose á pronunciar una cosa contraria á sus convicciones, y no atreviéndose á expresar con franqueza lo que sentia, temerosa de las amenazas del doctor.

—Todo está arreglado de la manera que habíamos dispuesto:—dijo el anciano:—pasaremos el dia en Tacubaya: ya he mandado que adornen las glorietas y cenadores de la huerta con arcos de flores y gallardetes: los músicos tocarán durante la comida las piezas mas selectas, y el salon destinado para el baile de la noche está dignamente engalanado.

—¡Magnífico!...—exclamó el doctor, ocultando bajo una grata satisfacción, que fingía en su cómico semblante, el despecho y la rabia que le consumían.—Voy á pasar el día mas venturoso de la vida.

—Me alegraré infinito.

Contestó el padre de la jóven.

—Y tan es cierto que considero la union de mi amigo Rafael como el acontecimiento mas grato para mí, que yo, que nunca me he acercado á la fuente de Hipocrene, voy en esta misma noche á pedir la inspiracion á las musas para escribir un epitalamio, que tendré el gusto de leer á la hora de la comida.

—¡Gracias, compañero.

Exclamó el novio, agradecido á aquella prueba de amistad y de deferencia.

—¡Y nos acompañará al día de campo el padre Enrique?

Preguntó la anciana madre de Luz.

—Es sacerdote muy celoso de sus deberes, y es muy difícil porque mañana tiene una urgente ocupacion.

Contestó su esposo.

—¿Pero tú le has convidado?

—Le escribí suplicándole que nos honrase, y me contestó dándome las gracias, pero poniendo en duda el asistir.

—¡Oh! ¡qué sacerdote tan ejemplar es el padre Enrique! Nunca me olvidaré del paternal esmero con que la noche que asaltaron aquellos cuatro enmascarados nuestro carruaje en Culnacán, cuidó del desgraciado Ernesto, á quien juzgamos un malvado, y que fué quien desbarató el inicuo plan de los infames que habian dispuesto arrebatarte de nuestro lado.

Willey se estremeció al escuchar aquellas palabras. Como todo hombre á quien su conciencia le acusa, temió que sospechasen de él; y diestro en el arte del disimulo, hizo que á su semblante asomase el gesto de la indignacion, y exclamó con exaltacion.

—¡Oh....! ¡cuánto siento no haberme encontrado allí! entonces los malvados no se hubieran salvado: les hubiera perseguido hasta alcanzarles, y á la culpa, hubiera seguido el terrible castigo que merecian.

—El susto que yo recibí al verlos asomar

por la portezuela—dijo la anciana—fué indescible.

—El robo debiera castigarse con la pena de muerte.—Interrumpió el doctor.—Sin duda serian algunos que tenian noticia de que iban vdes. á pasar la noche en la hacienda de C... y que trataron de robarles en el camino, creyendo que llevaban vdes. dinero.

—Sin duda.

—Pero ¿no se ha llegado á sospechar quiénes eran?

Preguntó Willey.

—No, porque ni hemos tratado de averiguar. Ernesto, que es el único que podia decirnos algo, pasó casi toda aquella noche sin habla; y como al dia siguiente nos venimos á México, y él fué llevado á casa del padre Enrique, nada hemos llegado á saber.

Willey respiró.

—¡Pobre jóven!

Dijo la anciana.

—¿Ni se sabe qué motivo le condujo á aquel sitio?

Preguntó el doctor.

—Sí;—contestó el padre de la jóven.—Por la mañana, poco antes de ponernos en camino, le hizo el sacerdote Enrique algunas preguntas, con respecto á si sabia el nombre de alguno de los que habian asaltado el coche.

—¿Y qué contestó?

Dijo Willey con ansiedad y palideciendo.

—Que no supo cómo se llamaban las personas, porque nunca se nombraron.

El doctor recobró la tranquilidad, y para disimular su pasada turbacion, preguntó:

—Pero él ¿cómo se hallaba en aquel sitio, y á aquella hora?

—Porque, segun le dijo al padre Enrique, habia salido muy temprano á pasearse con objeto de desechar de su mente pensamientos terribles y funestos; que caminando á la ventura habia llegado á la hacienda C... donde permaneció hasta entrada la noche; que entonces se puso en camino para Culucan, y que cogiéndole la tempestad, se refugió en la choza á donde poco despues llegaron los malvados.

—No hay duda que la Providencia condujo á aquel sitio á Ernesto.

—Cada vez que me acuerdo que disparé sobre él mi pistola y que pude matarle, me estremezco.

Dijo Rafael.

—Como que todos creimos que la bala le habia atravesado la cabeza, al verle cubierto de sangre y que habia caído al suelo en el instante de la detonacion del arma.

—Pero, por fortuna;—dijo el doctor mas sereno—no fué mas que una caida fuerte, acontecida, segun vdes. me han contado, por lo resbaladizo del piso que estaba mojado, en la cual se abrió la cabeza con una piedra puntiaguda al dar en tierra.

—Ciertamente.

—¿Y qué ha sido de él?

Preguntó Rafael.

—Que mientras estuvo malo, vivió tranquilo con el padre Enrique, que como he dicho antes, lo llevó á su casa; pero que al verse bueno, se marchó de ella para poder estar con mas libertad y continuar frecuen-

tando las casas de juego, en que sigue pasando su vida.

—¿Y para qué hemos tocado, en vísperas de un día de placer y de alegría—exclamó Willey con un aplomo inaudito—un asunto de tristes recuerdos? ¿No es mejor que hablemos de las dichas que esperan á los novios, y del regocijo que tendremos mañana?

—Es verdad.

Contestó Rafael.

Y la conversacion tomó entonces otro giro y mayor animacion.

Cada cual hablaba de lo que se proponia hacer á la hora del general regocijo.

Solo Luz no despegaba sus labios sino para responder á una que otra pregunta que se le dirijia.

Mientras todos se entregaban al placer, ella habia estado observando á Willey, y habia sorprendido en su rostro señales de una inquietud muy marcada, que le tenian en extremo alarmada.

El reloj que estaba sobre la mesa de mármol sonó las once.

El doctor hizo un movimiento involuntario, y dirigió la vista hácia la puerta, fijando en ella los ojos con avidez.

—¡No parecen!....—dijo para sí:—¿habrá ocurrido algo?....

Y bien fuese para disimular su impaciencia, ó bien porque tratase de entretener á los concurrentes; empezó á hablar de asuntos en que todos tuviesen que tomar parte.

Sin embargo, las furtivas miradas hácia la puerta, se repetían á cada instante que pasaba.

Véamos, entretanto, lo que pasaba en otra parte.

Eran poco mas de las once de la noche, cuando tres hombres, que á juzgar por su traje eran un venerable sacerdote, un notario con algunos papeles debajo del brazo, y un elegante caballero que les acompañaba, desmontaban de un coche simon en la esquina de la calle de la Monterilla y San Bernardo.

El que marchaba elegantemente vestido, sacó una moneda, se la dió al cochero, y le dijo que podia irse.

El auriga obedeció, y dirigió sus flacas mulas, muy débiles para el enorme simon que arrastraban, á una de las carrocerías de la calle de los Rebeldes.

—Ya estamos cerca.

Dijo el que iba con traje sacerdotal, caminando en medio del notario y del otro.

—¿A qué hora le dijeron á vd. que viniésemos?

Preguntó el notario.

—A las once.

—Acaban de dar precisamente.

—Sí; son doce minutos mas:—Añadió el elegante sacando su reloj, y mirándolo á la luz de un farol:—Pero en lo que creo que no hemos andado acertados es en haber despedido el carruaje.

—¿Por qué

—Porque tal vez necesitaremos de él.

—¿No les he dicho á vdes. que en la casa hay coche?

—Es verdad.

Dijo el notario.

—¿Y para cuándo está dispuesto el casamiento?

Preguntó el elegante.

—Para mañana mismo.

Respondió el sacerdote.

—Pues á mí me habian asegurado que Luz habia resuelto no casarse hasta que no estuviese de vuelta del destierro su anciano padre.

—Y no ha faltado á su palabra.

—¿Luego está ya en México?

—Hace algunos dias.

—¿Y los encontraremos á todos en casa?

—A no dudar.

—¿Y tambien á D. Rafael?

—Ese nunca se retira antes de las doce.

—Me alegre, para no perder tiempo.

Y los tres, en el mismo órden que hemos dicho, torcieron hácia la calle de S. Agustin.

Allí se detuvieron en la esquina mirando hácia todas partes.

—¿Viene alguno?

Preguntó el elegante.

—Nadie.

Contestó el notario.

—¿Y el sereno?

—Está lejos, y durmiendo.

—Pues avancemos.

—Sí, porque el tiempo se pasa y es urgente.

—Y á mí me estorban estos hábitos.

—Y á mí estos papeles.

—Y á mí este frac, á que no estoy acostumbrado.

—Sin embargo, la escena que nos ocupa—dijo el primero—es algo mas divertida que acuñar moneda falsa.

—Y que conducirla de noche por vericuetos y caminos ocultos, para que los conductores mexicanos que la traen á la capital no sospechen de nosotros.

—Amigos míos—dijo el supuesto sacerdote—no hay atajo sin trabajo. Si ciertó es que hemos trabajado, tambien lo es que en poco tiempo hemos hecho un capital que jamas lo hubiéramos adquirido en Europa con el organillo y las habilidades de una mona.

—Capital que anhelo ya disfrutar descansadamente en mi patria.

—Todos tenemos el mismo deseo, y creo que pronto lo veremos cumplido.

—Si no lo perdemos por mezclarnos en asuntos de ningun provecho, como el que hemos emprendido esta noche por complacer al doctor.

—Lo que vamos á hacer no nos compromete, nos sirve de entretenimiento, y complacemos á Willey, que siempre se ha mostrado deferente y servicial con nosotros.

—Es cierto.

—Pero para que las cosas salgan sin tropiezo, es preciso hacerlas como el doctor ha dispuesto.

—¿Y estará ya arriba?

—Sí; me dijo que estaria desde muy temprano.

—¿Y le amarraremos á él tambien?

—Así lo ha ordenado para que no sospechen nada los de la casa.

—Corriente.

—El señor Willey entiende estos negocios como nadie.

—Ya lo veo.

—Es un diestro general en materia de conquistas amorosas.

—Y que no desiste del plan que se ha

propuesto: Le salió fallido este en Culua-can, la noche del Viérnes Santo, y hoy lo va á ver realizado en México.

—Sin duda. Pero silencio, que ya me parece que hemos llegado.

—Sí, este es el número.

—¿Nadie nos espía?

—Nadie.

—Pues prepararse, que voy á llamar.

Todos echaron mano al bolsillo, mientras el que iba vestido de clérigo, llamó á la puerta.

Los pasos del portero que se acercaba, se oyeron á poco.

El disfrazado de sacerdote, sacó un arma, que la ocultó debajo del manteo.

El cerrojo de la puerta se oyó quitar por dentro.

Los que esperaban se hicieron una seña de inteligencia.

Casi al mismo tiempo se vió entreabrir la puerta y asomar por ella la cabeza de un hombre, preguntando:

—¿Quién es?

—Nosotros:—contestó el fingido sacerdo-

te;—que venimos para un asunto concerniente á la boda que se ha de celebrar mañana, y que nos están esperando arriba. ¿No están ahí D. Rafael, el señor Willey, la señorita Luz y sus padres?

—Sí, señor.

—Bueno, pues abra vd. antes de que sea mas tarde.

El portero, al ver á uno vestido con el traje de un ministro del Señor, no llegó á recelar la mas mínima cosa.

Sabia que al siguiente dia se celebraba la union de la señorita con D. Rafael, y creyó que aquel sacerdote, el notario y el que les acompañaba, eran personas á quienes esperaban con impaciencia.

—Voy á abrir al instante.

Contestó el portero.

—Pañal en mano, compañeros.

Dijo en voz baja el fingido clérigo.

La cadena que sujetaba por dentro la puerta se oyó quitar.

A poco se abrió ésta; y cuando el portero se disponia á decir, “pasen vdes.,” se vió amenazado por tres puñales, tapada la

boca con un pañuelo y atadas las manos hácia atras.

El que hacia de notario cerró la puerta; y los tres juntos, sin hacer ruido, y cubriéndose el rostro con antifaces, se dirijieron al cuarto del cochero, á quien tambien amarraron, dejando á él y al portero encerrados juntos.

En seguida subieron la escalera, cruzaron el corredor sobre las puntas de los piés, se acercaron á la cocina, donde estaban las criadas, las sorprendieron, las amenazaron si gritaban, las amarraron y las dejaron tambien encerradas con llave.

Seguros ya del éxito, se encaminaron con el mayor sigilo hácia la sala.

Las voces de los que hablaban en ella se oian claramente.

El doctor se reia estrepitosamente.

Rafael celebraba los agudos dichos de su falso amigo.

Los dos ancianos participaban del regocijo de su futuro hijo político.

Y hasta la misma Luz parecia haber per-

dido el miedo que al principio de la noche se habia apoderado de su alma.

Sin embargo, Willey estaba impaciente.

Un desasosiego interior le atormentaba.

Esperaba, al parecer, algo que no aparecia.

De repente volvió los ojos hácia la cortina que velaba la puerta de la entrada, y vió asomarse detras de ella la cabeza de un hombre enmascarado, que volvió á ocultarse.

La faz del doctor se sonrió de placer, y su pecho latió de esperanza.

Solo él habia visto la aparicion de aquella cabeza, y solo él, por lo mismo, sabia lo que debia esperar.

—¿Y á qué hora es la ceremonia?

Preguntó con notable alegría.

—A las siete;—contestó Rafael:—así podrémos ir temprano á Tacubaya para gozar en el campo el fresco ambiente de la mañana. ¿No te parece bien, hermosa Luz?

Las cabezas de tres hombres enmascarados se dejaron ver detras de la cortina.

—Como vdes. lo dispongan.

Contestó la hermosa Luz.

Rafael iba á hacer algunas observaciones, cuando se vió de repente sujetado, así como el doctor y el anciano, por los hombres que habian penetrado en la casa, y que armados de puñales, les amenazaban con la muerte.

—¡El que dé un solo grito es muerto....!

Y antes de que nadie pudiera volver de su sorpresa para defenderse, se vieron amarrados y sin poder moverse.

Luz, al ver brillar sobre el pecho de su amante y el de su anciano padre el horrible puñal, cayó sin sentido al suelo exhalando un ¡ay! desgarrador.

Rafael quiso correr en su auxilio, pero no pudo.

El doctor fingió hacer esfuerzos extraordinarios para soltarse.

Dos de los malvados se apoderaron de la jóven, mientras el otro amarraba también á la anciana para mas seguridad.

Hecho esto, se acercó en seguida á sus dos compañeros que se habian dirijido á la jóven, que estaba sin sentido.

Rafael hacia esfuerzos inauditos para desatarse y defenderla, pero era imposible.

Willey les dirigia palabras insultantes y amenazas terribles que cualquiera las hubiera creído sinceras.

Los emascarados, sin cuidarse de ellas, trataron de llevarse á Luz que seguia desmayada.

Rafael rugió como un leon aprisionado: á poco vió que la levantaban del suelo y que la llevaban.

Esto era horrible para él: estaba tendido en el suelo, tapada la boca y amarradas las manos, y no podía ni moverse ni gritar.

De repente vió desaparecer detras de la cortina al objeto que mas amaba en el mundo, conducido por aquellos tres malvados.

Despues oyó el ruido de la llave conque cerraban la puerta de la sala en que los dejaban.

A poco escuchó la rotacion de un coche que salia de la casa.

El desgraciado amante, persuadido que dentro de aquel carruaje se llevaban su felicidad y su ventura, lanzó un grito de do-

lor que quedó ahogado en el doblado pañuelo con que le habian tapado fuertemente la boca.

Luego aplicó con ansiedad el oido, con servando cierta dulce esperanza de ver volver en el coche á la mujer que amaba, salvada por la justicia.

Pero solo pudo conocer que el carruaje se alejaba á toda prisa.

Podó despues el ruido se fué perdiendo á lo lejos entre las solitarias calles, hasta desaparecer del todó.

Rafael sintió oprimido el pecho como si hubieran colocado sobre él la losa del sepulcro; sus ojos se le llenaron de lágrimas, y quedó sumergido en el mas profundo dolor.

Todo habia acabado para él en el mundo con la pérdida de la mujer que amaba!

Los padres de la jóven sollozaban sin consuelo.

Y el doctor, á quien los raptores se habian olvidado de tapar la boca con un pañuelo, daba voces pidiendo auxilio y clamando ven a: